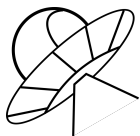


EL MUSEO

DE LOS ROBOTS DORMIDOS

El museo de los robots dormidos

Un relato por el 10^o aniversario
de la publicación de La noche perpetua



Irene Robles

Primera edición: octubre 2025

©Derechos de edición reservados.

Irene Robles Martínez

www.ireneroblescifi.com

Relato

Ciencia ficción

Edición: Irene Robles Martínez

Diseño de portada: Generado con IA a partir de una idea original de la autora.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

La lluvia ácida repicaba sobre los cristales del autobús turístico que recorría la extensa superficie de tierra y arena del planeta Sena 4. Isaac Hamley observaba el yermo paisaje del que durante unos meses fue su lugar de trabajo. A su lado iba su hija Jane y en el asiento de atrás estaba Joshie, su mujer, ambas observaban con admiración el cielo azul violáceo, algo insólito para ellas y para cualquiera que nunca hubiera visto nada más que las calles subterráneas y artificialmente iluminadas de Senador. En los diez años que habían transcurrido desde que Isaac fuera supervisor en el planeta, en Sena 4 nada había cambiado y al mismo tiempo todo era diferente.

La necesidad del mineral eléctrico mosaíta en el planeta central Senador se había ido reduciendo paulatinamente gracias a la instalación de las torres solares que producían energía limpia y renovable, y su extracción, tan costosa y peligrosa, había quedado relegada a un segundo plano hasta prácticamente extinguirse. Los depósitos con las últimas toneladas almacenadas apenas se utilizaban en casos muy concretos y mayormente se habían convertido en una reliquia de otro tiempo e incluso en un artículo de coleccionismo. Además, la experiencia y el forzoso cautiverio de Isaac en el planeta se había convertido en un llamativo relato que no había tardado en publicarse en diferentes medios, así como entrevistas y artículos protagonizados por quienes fueron los enviados en su búsqueda: Sony Josh Meys, el piloto, Markus Shane, el supervisor en Sena 2 en aquellos tiempos, y la médica Joana Lin. Esto había hecho que posibles futuros candidatos retiraran sus solicitudes al puesto de supervisor en el planeta, pues ya no resultaba tan atractivo pasar una temporada en ninguno de los planetas Sena.

Si había decidido viajar de nuevo allí había sido por tres motivos: En primer lugar, el desmantelamiento de las instalaciones y su reconversión en un destino turístico. Lejos quedaron los días de aislamiento y soledad, pues cientos de visitantes de todas partes de la galaxia acudían diariamente a un lugar que tiempo atrás solo había estado al alcance de unos pocos. Con el tiempo, los trayectos eran más frecuentes, cómodos y baratos, y no podía negar que había sentido cierta curiosidad en ate-

rrizar allí como un turista más.

En segundo lugar, la insistencia de su hija. Jane había oído mil historias sobre aquel lugar, la mayoría no precisamente de boca de su padre, quien se mantenía bastante reservado con los detalles de su estancia. De pequeña había sentido un gran orgullo y admiración hacia su padre, pues solía mencionar a todo el mundo que él traía la luz a Senador. Isaac, por su parte, se sentía un impostor, ya que su trabajo en Sena 4 no había supuesto un gran esfuerzo, ni un gran conocimiento, ni una gran dedicación, tan solo paciencia, aguante y la mala suerte de sufrir un accidente y toparse con quien no debía.

El tercer motivo era precisamente superar sus miedos y el trauma que había mantenido en privado durante tantos años. La prótesis robótica que sustituía a su mano derecha, la cual lo había convertido en un humanoide, le evocaba inevitablemente a los días que había pasado como prisionero en un entorno hostil. Incluso eso le recordaba que, de no haber sido por el equipo de rescate, posiblemente nunca habría podido escapar por sus propios medios. Se sentía un fracaso, a la vez que intentaba no culparse por un suceso que él nunca había podido controlar. En contraposición, la prótesis también le hacía ver que incluso las cosas que parecían tener difícil solución, aunque fuera de una forma radical o inesperada, también podían tener un buen desenlace.

El autobús turístico no tenía conductor, se movía de forma autónoma y seguía la ruta preestablecida. Los turistas llevaban unos auriculares que iban narrando la historia del planeta, lo que allí se hacía tiempo atrás y otras curiosidades, pero no precisamente del paisaje, ya que en esa zona no había edificios, monumentos, calles ni otros elementos de interés turístico. Tras el aterrizaje en Sena 4, la primera actividad que la familia Hamley tenía programada era la visita a las minas, y hacia allí se dirigían. Joshie atendía a las explicaciones, al igual que Jane, que no podía esconder su entusiasmo y hacía gestos a su padre cada vez que escuchaba algo que ya conocía, que él le hubiera mencionado alguna vez o que hubiera leído en algún sitio. A sus quince años, era

la adolescente que más interés tenía de todos lo que había en el mismo grupo.

El recorrido de este autobús es el mismo que hacían los robots cada día hacia las minas de extracción de mosaíta. Las condiciones climáticas extremas no suponían ningún inconveniente para ellos, pues su estructura estaba especialmente recubierta de materiales resistentes a la lluvia ácida. A mano derecha pueden observar una abertura en la superficie, es una entrada que nos llevará a las galerías. Por favor, no se levanten de sus asientos hasta que el autobús se haya detenido por completo. Las puertas permanecerán cerradas hasta que estemos a cubierto. Por favor, no se quiten los auriculares, pues les seguiremos dando instrucciones relevantes para que la visita sea segura, además de explicaciones y curiosidades sobre las minas.

Los visitantes bajaron del autobús ordenadamente y siguieron las indicaciones que emitía la grabación, ya que no había guía, ni humano ni robot. En eso, Sena 4 mantenía su esencia, todo lo necesario estaba automatizado y la presencia humana se limitaba a los turistas. *Siguiendo el camino de luces avanzarán hacia el interior de la mina, una de las últimas que permanecieron activas en este planeta. A una distancia de 187 metros desde la entrada podrán ver una recreación de la actividad de los robots en este lugar.*

Jane estaba emocionada, caminaba agarrada del brazo de su madre, mientras que Isaac, un par de pasos por detrás, reconstruía en su mente, con cierta nostalgia, esa galería que tantas veces había observado a través de las cámaras del Centro de Supervisión. Se preguntaba qué o quién habría instalado la iluminación, tanto a nivel del suelo, como en la parte alta de la roca, que les mostraba el camino a seguir, así como las pequeñas motas azuladas en las paredes de la cueva que imitaban a la mosaíta y parpadeaban suavemente. La respuesta era clara: seguro que habían sido otros robots.

Los robots de Sena 4 se dividen en tres grupos. Los excavadores, es-

tos eran los primeros en entrar en las minas al haber sido diseñados para abrir caminos en la tierra. Sus extremidades superiores estaban formadas de una aleación mucho más resistente que la de los demás porque eran los que más fuerza y presión ejercían sobre ellas. Una de las extremidades finalizaba en una superficie lisa y curva, como la de una pala, y la otra se dividía en dos extremos más puntiagudos, como los de un pico. Los robots recolectores, cuyas extremidades no diferían de las de un humano, pero sus dedos eran mucho más puntiagudos para facilitar la extracción, recoger y escarbar las rocas y piedras pequeñas, e incluso para efectuar cortes precisos en la mosaíta. Los robots clasificadores no tenían ninguna característica física destacable, sino que estaban especialmente programados para detectar y diferenciar el mineral de las simples rocas. Si miran a su izquierda podrán ver la proyección de una extracción real, que se llevó a cabo en este mismo lugar, en la que aparecen robots excavadores a pleno rendimiento.

Todos los visitantes se giraron en la dirección indicada por la grabación y observaban en silencio la proyección sobre la roca. En un primer momento, Isaac se sintió invadido por una sensación de melancolía. Hacía diez años, apenas había sentido nada al ver a los robots trabajando, apenas se preocupaba por lo que allí sucediera. Pasaban las horas y los días sin pena ni gloria. Hasta aquel día. Del bolsillo de su chaqueta sacó una barrita energética que había estado guardando durante el viaje para ese momento. Algo en su interior le decía que para superar el trauma debía repetir su rutina de antaño y comprobar que no pasaba nada.

En esta galería se encontraba una de las rocas más grandes de mosaíta, con un peso de unas veinticinco toneladas. Todo un hallazgo que debía ser manejado con sumo cuidado para evitar cualquier incidente.

Los robots siguieron trabajando durante un rato, el vídeo se emitía de fondo mientras los visitantes también podían pasear por la mina, hacerse fotos o leer las placas con información adicional que había por todas partes. La proyección iba acompañada del sonido real que emitían

los robots al trabajar, pero con lo que no contaba era con escuchar su propia voz: *“Robots excavadores, picad en las paredes del túnel a tres movimientos por segundo”*.

La mayoría de los turistas no dieron importancia a aquella intervención humana en la grabación, salvo Joshie y Jane, que sí reconocieron la voz de Isaac. Él se había quedado estático, por un momento había vuelto al pasado de forma brusca, porque no solo su propia voz había reactivado aquel recuerdo, sino que de repente se había visto a sí mismo en la sala del Centro de Supervisión, frente a los monitores, observando y dando instrucciones a los robots. Instintivamente se llevó la mano a la nuca, a aquel chip que había empezado a formar parte de él desde el mismo día que su prótesis robótica, y que nunca habían podido extraer por el riesgo que eso suponía. Ese minúsculo dispositivo llevaba años inactivo, hasta el punto de que muchas veces olvidaba que lo tenía. Pero ahora se había activado de nuevo, y estaba seguro que no era casualidad.

Confuso, empezó a moverse por la sala, aquella que reproducían sus ojos. Aunque sabía que no se encontraba allí, no era capaz de distinguir su entorno real. Estiró los brazos, queriendo tocar las paredes de roca, algo que le ayudara a situarse en la mina, pero sus manos solo lograban atravesar la mesa, las pantallas, la silla de su antiguo puesto de control... Caminó de un lado a otro, creyendo que lo hacía en círculos, pues vio la entrada de la sala, las paredes y las luces en el techo, para luego volver frente a los monitores. A través de sus oídos, la grabación de la excursión turística seguía hablando, mencionando datos y curiosidades a las que no estaba prestando atención. Esto hizo que ignorara los gritos de Jane y las llamadas de Joshie, que se movían a su alrededor para intentar calmarlo, sin éxito.

Isaac empezó a correr, queriendo deshacerse de aquel hechizo que parecía nublar sus sentidos. Sin saberlo, ya que su mente le estaba mostrando otras imágenes, lo hacía en dirección a la salida de la mina, al exterior, hacia la peligrosa atmósfera de lluvia ácida de Sena 4. Jane corrió a su lado, estiró un brazo y le quitó uno de los auriculares a su padre.

—¡Papá, para! —le gritó.

Isaac se quedó inmóvil, a escasos metros de la salida. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Su mente se había nublado, hipnotizada por las imágenes del pasado. Se quitó el otro auricular y aunque, todavía no la veía, ya podía escuchar a su hija.

—¿Qué te pasa, papá?

Él estiró los brazos y le palpó los hombros, después la cara y el pelo. Todavía no podía verla, aunque estaba tocando a su hija, sus ojos solo le mostraban unas imágenes distintas. Al sentirla cerca, su corazón se relajó en parte, porque su cuerpo seguía donde debía estar.

—No te veo, Jane.

—¿Cómo que no me ves? ¿Qué te pasa? —repitió asustada—. ¿Es por la luz? ¿Los focos? ¿O por la penumbra que hay aquí? ¿Buscamos un médico?

—¡No! —dijo él enseguida, recordando al último médico que le había intentado ayudar en ese planeta—. Seguro que enseguida se me pasa. A lo mejor me he mareado —mintió para no asustarla.

Joshie llegó entonces y se situó frente a su marido. Jane le explicó lo ocurrido.

—Vamos al autobús —propuso su mujer—. Esperaremos allí a que termine la visita.

Un rato después, cuando la visita a la mina había concluido, los visitantes volvieron al autobús siguiendo las indicaciones de la grabación y el itinerario continuó hacia el Centro de Supervisión. Isaac, sentado junto a la ventana, sintió un pinchazo en la nuca y recuperó la visión de su realidad. Aunque Joshie y Jane no se habían conformado con la escueta explicación que él les había dado, no insistieron pero estuvieron pendientes por si volvía a tener algún ataque de pánico. Hacía tiempo que no le pasaba, pero en los primeros meses tras la vuelta a casa de Sena 4 había sufrido episodios similares que su mujer y su hija también habían padecido.

Isaac simplemente se quedó mirando el yermo paisaje, algo angustiado por lo que acababa de pasar. Sabía que no era casualidad, pero no podía imaginar el motivo. Quizá el tiempo y la distancia habían dejado el chip estéril, inerte, pero posiblemente la proximidad a su origen lo hubiera reactivado. No se lo ocurría otra cosa. Intentó calmar su respiración y estabilizar los latidos de su corazón, todavía quedaba mucha jornada por delante, debía aguantar, por sí mismo y para no fastidiar el viaje a su familia.

Conforme el autobús se acercaba al Centro de Supervisión, los nervios volvieron a invadirle. Se le erizó la piel por la nostalgia y los recuerdos. El vehículo se acercó al hangar en el que él mismo aparcaba el buggy que solía utilizar para moverse por el planeta. La compuerta se abrió lentamente mientras las gotas de lluvia golpeaban el techo del autobús; enseguida entró y aparcó en una nueva zona que habían habilitado, junto a otros autobuses turísticos. A un lado, los antiguos buggys estaban expuestos tras unos postes bajos con cuerdas de tela de terciopelo rojo trenzado que los unían, para que la gente pudiera verlos sin acercarse demasiado. Al fondo, sin embargo, había uno al que sí se podían subir y hacerse fotos más de cerca. Un grupo hacía cola, ellos mismos echaron un vistazo a los coches, aunque para Isaac no tenían especial interés. A su hija le hacía ilusión subirse, así que esperaron su turno, se subieron los tres y pidieron a los que iban detrás de ellos que immortalizaran el momento. Isaac intentó sonreír, pero solo consiguió una extraña mueca.

Cuando terminaron de visitar el hangar, pasaron al hall principal. En este punto de la visita, el recorrido era libre, los turistas podían recorrer las instalaciones abiertas al público como quisieran, y escanear las placas informativas que había por todas partes para que la grabación continuara hablando según correspondiera. Isaac posiblemente solo hubiera visto aquel lugar tan lleno cuando los diferentes grupos de robots se amontonaban allí para salir y dirigirse a las minas. Ahora era tan distinto que le recordó a una feria, a las imágenes que había visto en

vídeos y películas de otros tiempos y lugares, ya que en Senador no existía nada de eso. Diversos puestos de comida rápida y de las típicas barritas concentradas, con mesas de picnic a su alrededor, tiendecitas de souvenirs, y un puesto de información y recepción para quienes fueran a pernoctar allí, para vivir la experiencia completa. Por lo que había leído antes del viaje, dormir en Sena 4 era caro y exclusivo. El que había sido el apartamento de los supervisores, en la última planta del edificio, había sido reconvertido en unas pocas habitaciones lujosas para huéspedes. Por supuesto, ninguno de estos servicios, ni los puestos o mostradores tenían personal humano, sino que disponían de unas pantallas táctiles en las que cada cual introducía las palabras clave para buscar información, los datos de su reserva, o seleccionaba el producto que deseaba, y las máquinas se lo proporcionaban. Todo esto estaba alrededor de la gran escultura de acero del robot gigante, con sus diez metros de altura, los brazos en jarra apoyados en la cintura y la cabeza levantada, mirando hacia el horizonte. La misma que Isaac contemplaba con recelo tiempo atrás.

Jane se dirigió a una de las pantallas de información.

—¡Papá! ¿Vamos al museo? ¿A qué planta vamos? Aquí pone que de la primera a la decimoctava es todo museo.

—¿Todas las plantas las han convertido en museo? —preguntó él acercándose—. En esas es donde los robots se almacenaban y recargaban después del trabajo.

—Sí, pone que se pueden visitar todas, también hay audioguías. . .

—¿La planta diecinueve también se puede visitar?

—Sí, también.

—Vamos a la diecinueve, entonces. Y después vamos bajando. ¿Te apetece?

—¡Claro! —dijo Jane, que se adelantó para ir llamando al ascensor. En ese momento no había cola para subir, ya que la mayoría de la gente estaba en la zona de restauración.

—¿Qué hay en la planta diecinueve? —preguntó Joshie a su marido.

—La sala de supervisión, mi antiguo puesto de trabajo.

—¿Estás seguro de que quieres ir? Jane está entusiasmada, pero no

hace falta que. . .

—Quiero hacerlo —la interrumpió con suavidad—. Más bien, creo que lo necesito.

Joshie asintió y se cogió del brazo de su marido. El trayecto en ascensor fue breve, pero lo suficientemente largo como para que Isaac recordara el largo pasillo blanco, en contraste con la oscura celda en la que estuvo cautivo. Ese lugar no se veía en el mapa del museo, no se hacía mención a él, no era parte del recorrido turístico. Posiblemente tampoco lo fueran los almacenes de mosaíta, que también eran subterráneos, y que ahora estarían vacíos.

En la sala de supervisión no había ningún turista, lo que permitió a Jane husmear en todos los rincones tranquilamente. Tal y como sucedía en su época, la sala se iluminaba gracias a un sensor de movimiento, siguiendo los pasos de su hija. Joshie iba con ella, pero Isaac se quedó en el umbral de la puerta. La sala estaba exactamente igual a como la recordaba. Una parte de sí mismo echaba de menos la soledad y el silencio que allí había experimentado; otra estaba profundamente contrariada por tener esos sentimientos. Por un breve instante, las luces parpadearon. Ellas no llegaron a darse cuenta, y si lo hicieron no le dieron importancia. Isaac, por el contrario, empezó a sentirse inquieto de nuevo.

Al cabo de un rato fueron bajando por las escaleras de una planta a otra para descubrir las exposiciones de robots. En esta ocasión sí que se cruzaron con otros visitantes. Lo que antiguamente habían sido los pisos de descanso y recarga de los robots en habitaciones cerradas con códigos de acceso, se había convertido en espacios abiertos, con los robots colocados en plataformas, algunos en vitrinas cerradas y otros abiertas para que, al igual que con los buggys, la gente pudiera acercarse, tocarlos y hacer fotos más de cerca. Isaac se aproximó a uno de ellos y lo observó detenidamente. Eran los robots originales, los que trabajaban en el planeta. Estaban mezclados, los excavadores, los recolectores y los clasificadores. Su piel metálica se notaba desgastada

por el paso del tiempo, la tierra y la corrosión. Al fondo de la sala, sobre uno de ellos se proyectaban unas luces que reproducían cómo había sido su modo de carga, y en las paredes había diferentes pantallas, vídeos, mapas e imágenes que completaban la historia de Sena 4. Los robots estaban inmóviles, sin expresión, sin luz ni vida. Posiblemente se les habrían retirado los componentes básicos de su sistema, así como cualquier resto de mosaíta. Se habían dormido para siempre.

Bajaron hasta la planta número doce, en la que además de robots expuestos, en las paredes había fotografías de todos los supervisores que habían pasado por el planeta junto a una breve biografía. Eso sí que no se lo esperaba. Allí estaba él, como mirándose en un espejo que reflejaba el pasado, un Isaac mucho más joven e inocente, el día que le hicieron la foto antes de partir hacia el planeta. Jane, emocionada, se hizo una fotografía junto a la foto y a su padre. En la biografía del resto de supervisores, además de sus datos personales también se incluía algún detalle curioso de su estancia en Sena 4. Nada espectacular, por supuesto. En la suya no había nada, habían evitado hablar de su cautiverio. Por una parte se indignó, porque sin duda aquello fue lo más extraordinario que le había pasado y lo que lo marcó para siempre; por otra parte agradeció la discreción.

—Isaac —lo llamó Joshie—, mira esto.

Su mujer se había detenido frente a la imagen de Ryan Fernies y estaba leyendo una placa dorada que habían colocado en su honor. Él no había sido supervisor en Sena 4, pero murió en un accidente al colisionar su nave contra las montañas del planeta, fue precisamente Isaac quien lo encontró después de años desaparecido, y habían tenido el detalle de mantener su recuerdo.

—Seguro que esto ha sido cosa de Letty —comentó Joshie.

Jen Letty, quien había sido el director del Centro de Transportes Exteriores diez años antes, había insistido en incluir al piloto fallecido en el museo. Después de haber tardado tanto tiempo en descubrir qué había sido de él, y cuyo paradero había descubierto el propio Isaac, era

lo menos que podía hacer. Aquello alertó a Isaac, quien de repente se puso a revisar todas las fotografías y placas.

—¿Qué pasa? —preguntó su mujer.

—¿Recuerdas a Adam Cryl?

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿Crees que su foto estará por aquí?

Isaac recorría las paredes lo más rápido que podía, sin observar las fotografías, puesto que nunca había llegado a ver a Adam, sino leyendo las placas y, sobre todo, buscando alguna marca en la pared.

—Aquí está... —susurró al encontrar la inscripción DR 06385.

Se había agachado y recorría con la yema del dedo las letras y los números. Cuando fue a levantarse para observar el rostro enmarcado del humanoide que consideraba un psicópata, todas las luces de la planta se apagaron, y la sala quedó prácticamente a oscuras, lo que acompañó un grito de asombro generalizado.

Se ruega atención a todos los visitantes. Se ha detectado un riesgo potencial en el edificio, por favor, abandonen las actividades que estén realizando en este momento y reúnanse ordenadamente en el hall. Por su seguridad, no utilicen los ascensores ni salgan del edificio hasta que la situación se encuentre bajo control.

Unas luces de emergencia se iluminaron en el suelo, mostrando el camino hacia la salida. Otras luces tenues se encendieron sobre las vitrinas de los robots, para localizarlas y que nadie se chocara contra ellas. Eso era lo único que producía algo de luz artificial, además de la escasa claridad que entraba por el ventanal de cristal, situado al fondo de la sala. La grabación de emergencia se reproducía en bucle. ¿Por qué narices había tenido que volver a Sena 4? ¿Por qué no disfrutar de unas aburridas vacaciones en cualquier otro lugar? Quizá en el parque Terascosmos, a Jane le habría encantado y seguro que habría sido mucho más instructivo y seguro. Superar los traumas estaba sobrevalorado, sobre todo si te generaban nuevos traumas en el proceso.

—¿Jane? —llamó Joshie a su hija, la había perdido de vista.

—¿Mamá? ¡Estoy aquí!

El desalojo de la sala no era especialmente ordenado. La gente se les cruzaba o chocaba intentando salir para huir de un peligro desconocido. Isaac buscaba a su hija, pero no lo hizo con los ojos, prácticamente inservibles en esa situación, sino que lo hizo como la última vez que se había encontrado a oscuras en ese maldito planeta: con la mente. Detectó su presencia inmóvil en una esquina, asustada, y fue para allá.

—Jane, soy papá. Estoy aquí, dame la mano.

La niña se le abrazó con fuerza y juntos comenzaron a caminar hacia la salida. Joshie gritaba, buscando a su familia, e Isaac le respondió, pidiéndole que saliera, que él y Jane estaban juntos y que se reunirían fuera. En ese momento, la mente de Isaac empezó a reproducir otra retahíla de palabras que había escuchado demasiadas veces, pero ya hacía mucho tiempo.

Trabaje durante seis meses en Sena 4, un planeta totalmente automatizado, donde trabajará en un ambiente tranquilo y dispondrá de todo lo necesario durante su estancia. Supervise la tarea de extracción de mosaíta, el mineral eléctrico que permite el funcionamiento de todo el planeta Senador. En Sena 4 se sentirá como en casa.

—Papá, ¿has oído eso?

—¿Lo has oído tú también? Entonces, ¿no estaba en mi cabeza?

Entre tanto jaleo, Isaac y Jane eran los últimos humanos que quedaban en la sala y, justo cuando estaban a punto de salir, la puerta se cerró delante de ellos, dejándolos atrapados. Los gritos de Joshie se escuchaban al otro lado, a la vez que golpeaba la puerta, sin éxito.

—¿Qué pasa, papá?

—Tranquila, Jane. Seguro que cuando se reúna todo el mundo abajo verán que no estamos. Tu madre avisará para que nos ayuden.

—Bienvenido a casa, Isaac.

Ambos se quedaron paralizados, mirando a su alrededor, buscando el origen de esa nueva voz. Se dieron la vuelta, con la espada contra la puerta ahora bloqueada. La sala volvió a iluminarse y comprobaron

que estaban solos, con la única presencia de los robots, que seguían en su sitio, dormidos.

—Nunca pensé que volverías, pero esta vez has venido con toda tu familia. Quizá para quedarte, ¿para siempre?

—¿Quién es, papá?

—Es un viejo conocido —dijo con toda la calma posible. Alguien a quien hubiera preferido no conocer nunca... Si hubiera estado solo podría haberse permitido estar nervioso y asustado, pero esta vez estaba también involucrada su hija, no iba a permitir que le sucediera nada malo a ella—. Estuvo aquí conmigo mientras trabajaba en el planeta, y después también. ¿Verdad, Adam? En cierto modo, siempre has estado conmigo.

—Sena 4 te hace eso, ¿no? —contestó la voz—. Te invade, te posee, y ya eres suyo para siempre.

—Te equivocas. Quizá ese sea tu caso, pero no el mío. Conseguí salir y volver a mi vida. Y es la mejor que podría tener —dijo apretando fuerte la mano de su hija—. Tú también conseguiste lo que buscabas: yo fui el último supervisor. Ya nadie más extrajo mosaíta después de mi paso por aquí.

—No llegaste a cumplir tu condena, Isaac —continuó diciendo la voz de Adam—. Y ahora que has vuelto, no puedo dejar que te vayas.

—¿Y qué piensas hacer...

Isaac no llegó a terminar la frase porque perdió el aliento. Los ojos de todos los robots de la sala se encendieron y se volvieron rojos. Las vitrinas cerradas se abrieron, detectaron su presencia y lentamente se movieron en su dirección. Jane estaba muy asustada, la notaba temblar a su lado.

—¡Adam, por favor! —Gritaba Isaac—. Mi hija no ha hecho nada. Deja que se vaya y quédate conmigo.

Los robots se acercaban y ellos no tenían escapatoria. La sala solo disponía de un acceso y por el otro extremo, aunque hubieran podido romper el ventanal, la opción era caer al vacío desde el piso doce, al yermo y lluvioso exterior. Isaac se agachó y miró a su hija a los ojos.

—Jane, te quiero mucho —susurró—. Cuando te lo diga, agáchate y aléjate de aquí lo máximo posible.

—Papá. . .

—Hazme caso.

Isaac se incorporó de nuevo y se colocó de frente al primer robot. Lo miró a esos ojos rojos y vacíos que le devolvieron una mirada sin vida. En primer lugar, intentó detenerlos mentalmente, en un desesperado acto de controlar su voluntad a distancia, como hacía Adam. Pero él no era tan poderoso. Un segundo antes de que lo apresaran, dio un grito de aviso a su hija, la cual se encogió y se alejó a gatas. Isaac levantó su brazo derecho y con toda la fuerza que pudo golpeó al robot en la cabeza con su prótesis. Este se tambaleó y cayó al suelo con el cráneo metálico abollado. Esto no asustó al resto, que continuaron avanzando hacia él sin inmutarse, pero Isaac ya había conseguido algo de ventaja y espacio. Se movió con destreza, al contrario que los robots, que llevaban años inmóviles y se notaba que estaban oxidados, se movían con dificultad, como si sus extremidades estuvieran soldadas. Isaac hizo lo mismo con un par de robots más y consiguió alejarse de la pared de la entrada para no verse acorralado. Tenía claro que no sería capaz de acabar con todos ellos, y además, según las leyes de Sena 4, o más bien de Adam Cryl, con estos actos estaría sumando cadenas perpetuas a su condena original. Pero nada de eso le importó porque tenía que proteger a su hija. Lo último que quería era que ella, después de aquello, sufriera y desarrollara un trauma como le había pasado a él. Porque iba a sacarla de allí, eso lo tenía claro.

Hacía un momento que la había perdido de vista, pero confiaba en que se hubiera escondido en algún sitio.

—¡¡Papá!! —la oyó gritar entonces. Ella se encontraba justo al lado de su propia foto de supervisor, un robot la sujetaba del brazo con fuerza. Con un simple gesto se lo podría romper, así que él levantó las manos en señal de paz.

—¿Has terminado de jugar, Isaac? —preguntó la voz.

—Por favor, no le hagas nada. Deja que se vaya.

—Por supuesto, ambos vais a salir de aquí. Ya tenéis preparada la suite en la que te alojaste la última vez.

—¡¡No!! —gritó Isaac.

En ese momento, todos los robots se quedaron quietos a su alrededor. Adam parecía querer decir algo, pero su voz sonaba entrecortada, como si hubiera algún tipo de interferencia. Jane miraba a su padre, y este intentó transmitirle calma. El robot aún la sostenía, pero parecía estar desconectado. Isaac se acercó lentamente, tanteando el terreno, pero el robot no se inmutó. Agarró el brazo con el que sostenía a su hija, y tampoco respondió, así que lo aplastó con la fuerza que le otorgaba su prótesis hasta que lo separó del resto del cuerpo, abrió sus finos y puntiagudos dedos de robot recolector y liberó a Jane. Esta se abrazó de nuevo a su padre. El robot hizo un amago de movimiento, pero Isaac fue más rápido, descolgó el cuadro que llevaba su fotografía y lo destrozó contra su cabeza. Este se desequilibró y cayó sentado al suelo.

Isaac observó al resto de robots, que se habían quedado quietos en sus nuevas posiciones. Entonces, la puerta de la sala se abrió lentamente, invitándoles a salir. No lo dudaron y se marcharon de allí corriendo. Bajaron las escaleras hasta llegar al hall y se reunieron con el resto de visitantes. Para la mayoría pasaron desapercibidos, pero Joshie se lanzó a abrazarles en cuanto los vio. Había estado intentando contactar con alguien desde las numerosas pantallas de la recepción, sin éxito.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado?

—Papá les ha dado una buena paliza a esos robots.

Joshie les miró desconcertada. Isaac, sudoroso y con su prótesis robótica cubierta de mosaico, respiraba de forma entrecortada.

—Creo que ya hemos visto suficiente por hoy. ¿Cuándo sale la próxima nave para volver a casa?

Su mujer sonrió, nerviosa, y juntos se dirigieron hacia el hangar.

Al cabo de unas horas, Isaac y su familia ya estaban en sus asientos de la nave que les llevaría de vuelta a Senador, junto a otros turistas que únicamente sabrían, por los sistemas de información de Sena 4, que había habido una incidencia informática que había supuesto una interrupción temporal del correcto funcionamiento del edificio. De las posibles compensaciones se haría cargo la agencia de viajes o el seguro privado de cada cual. Isaac no pensaba reclamar nada a nadie, se sentía satisfecho de haber salido con vida de allí por segunda vez. Además, confiaba en que no hubiera registros de lo sucedido, posiblemente Adam se encargaría de dejar la sala intacta, como si nada hubiera pasado, para no levantar sospechas y que Sena 4 siguiera siendo un rentable destino turístico.

—Papá —le dijo Jane—, has sido muy valiente.

—Tú sí que has sido valiente, cielo. Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto.

—Al principio tuve un poco de miedo, la verdad. Pero después ya no, porque estaba contigo.

Isaac, con los ojos humedecidos, abrazó a su hija. Después, cerró los ojos y agradeció también en silencio a su ángel de la guarda, a su amigo invisible que les había ayudado a salir de la sala de exposición. Porque Isaac sabía que Andy, de alguna manera, desde algún lugar, y una vez más, lo había vuelto a salvar.

Gracias, pensó.

No hay de qué.

Isaac abrió los ojos de golpe. Andy le había respondido en su mente.

Te lo agradezco, repitió, por Jane.

Aunque no lo creas, Isaac, tú también me salvaste a mí. Y te estaré eternamente agradecido.

La nave surcó el cielo violáceo de Sena 4, rumbo a casa. La visita a su pasado no había sido precisamente agradable, pero sin duda había sido útil. Isaac se sintió mejor. El haber tenido que enfrentarse activamente a sus miedos le había ayudado a superarlo, o al menos, era un

buen comienzo. Se sentía curado y absolutamente convencido de que no volvería a Sena 4 nunca más.

Sobre la autora

Irene Robles. Alicante, 1992. Ha escrito y autoeditado varias obras: *Último tren a la Tierra* (2014), *La noche perpetua* (2015) y *Piel metálica* (2017), novelas de género sci-fi. También ha publicado *La tierra prometida* (2019), un relato postapocalíptico con ilustraciones, y *Trans XYQ* (2021, Apache Libros), una novela juvenil de ciencia ficción que trata la identidad.

Verde, el mal tiene muchas formas (2018) fue su primer relato de terror y fantasía paranormal, así como *Catmaniac* (2024), una historia corta de terror doméstico. En digital también ha publicado la saga *Nosotros llegamos primero* (2020), *En el espacio nadie puede oír tus villancicos* (2020), *Siesta total* (2022) y *La muela del juicio final* (2025), relatos de space opera y humor, con una tripulación muy peculiar y en los que homenajea a obras muy conocidas de la ciencia ficción. El cuento distópico *Matrícula de amor* (2021) ha sido publicado en la revista de género Opportunity.

Fue seleccionada para la antología de relatos de ciencia ficción *Alucinadas III* en 2017 con el cuento *Realidad 10.4.2* y para la publicación *Visiones 2019* de la Asociación Pórtico con el relato *La paradoja de Lightmoon*, libro en homenaje al escritor Isaac Asimov. Ganó el 1º premio en el Concurso de Microrrelatos de terror convocado a través de Twitter por Hela Ediciones (2020).

Sus historias plantean posibles futuros, realidades alternativas, crean mundos y entornos espaciales con avances técnicos y destacan la interacción de humanos con otras formas de vida, por eso la llaman La chica del espacio.

Contacto: www.ireneroblescifi.com